atributos que mas convienen á su naturaleza: es un *Padre*. La fecundidad propia del *sér*, y que se revela en las mismas criaturas, á medida que tienen mas vida y actividad, no podia rehusarse sin inconsecuencia al que es el sér por esencia, y en el cual reside la plenitud misma de la vida y de la actividad. Sin embargo, todas las maravillas de la creacion no pueden espresar dignamente esta fecundidad; porque *crear* no es *engendrar*, pues crear es *sacar de la nada*, y engendrar *sacar de sí mismo*. El misterio de la Trinidad es pues el único que realiza en Dios la facultad generatriz, la *paternidad* verdadera, que es la principal propiedad de la vida de los séres.

Esta paternidad es la mas fecunda, la mas sublime, la mas digna de Dios que la razon pueda concebir, porque *engendra* (1) lo que podemos imaginar de mas perfecto; pues es un sér semejante á sí mismo, y al cual engendra eternamente. ¡Qué generacion!! Figuraos un hombre de genio, uno de esos artistas, á quienes el entusiasmo de los pueblos ha aplicado el epíteto de *divinos*. Platon, Miguel Angel, Rafael, Milton, Meyerbeer, evocando en su grande alma el tipo, el ideal de lo bello, infinitamente superior á todo lo que jamas nos hayan podido dar á conocer, por la imposibilidad en que han estado de ejecutarlo: ¡qué ideas! qué figuras! qué cuadros! qué armonías! qué poesía! qué cosas pasarian en los éstasis de aquellos hombres inspirados, de las cuales todo lo que de ellos conocemos no son mas que pálidas sombras! Comparacion grosera, pero al fin comparacion que puede ayudarnos á formarnos alguna idea de la concepcion de Dios, que es lo bello por escelencia, el *Padre de lo bello*, produciendo cuanto podemos imaginar de mas perfecto, es decir, reproduciéndose á sí mismo. ¿Qué son el cielo y la tierra, la belleza de la naturaleza y todas sus pasmosas maravillas? Juguetes, bosquejos, trazos perecederos del grande Artífice que los conserva por un instante fuera de la nada de donde los sacó; pero hé aquí una obra que va á sacar de sí mismo, en la cual va á ponerse todo entero, y en la cual va á manifestar todas sus adorables perfecciones: ¡qué obra maestra! ¡con cuánta fuerza se manifiesta en ella la inefable paternidad de Dios! Paternidad incesante y eterna, porque desde toda la eternidad y durante toda la eternidad, aquella palabra de Dios, aquel pensamiento que es su *Verbo*, su Hijo, (es decir, *la Verdad* en su acepcion mas lata y universal, *la Razon* misma, la recta Razon, ley soberana y señora de todas las inteligencias) sale de él sin desprenderse de su persona. ¡Jamas hubo misterio mas rico, mas sublime, mas espresivo de la fecundidad de aquel por quien todo fué hecho fecundo!

Por consiguiente, si el amor está en razon de las perfecciones del objeto amado, ¿cuál debe ser el amor de semejante Padre por semejante Hijo, y de semejante Hijo por semejante Padre? Debe ser no solo un amor, sino el amor mismo, todo el amor en su esencia, del mismo modo que su objeto es toda la belleza en sus perfecciones. Nunca ecsistió una idea de amor semejante á la que de él nos da el misterio de la Trinidad; nunca ecsistió idea mas santa, mas absoluta y mas verdadera (1). Figuraos ademas, que la obra maestra de un grande artista, una magnífica estatua, resultado de sus estudios, de sus vigilias y de sus largos y misteriosos trabajos, última espresion de la belleza y de la vida, ídolo de sus complacencias y de su orgullo, puede de repente animarse y recibir y dar el amor: ¿de qué modo brotará este sentimiento de su alma virginal, y saldrá al encuentro del de su padre y autor? ¿Qué amor mas puro que el que resultará de la procedencia de estos dos séres? ¡Qué union! ¡qué intimidad de relacioneses tablecerá entre ambos! El artista habia trasladado á su obra toda su alma, todo su genio; y este genio y esta alma van á retornar á su principio, á retornar por medio del amor. La mitología personificó esta suposicion en la figura de Pigmalion, y un artista moderno (2) ha reproducido con su mágico pincel el pensamiento psicológico de aquella fábula, representando entre la estatua y el artista, teniéndoles á ambos por la mano, á un niño alado, símbolo del amor, y que parece nacido de los séres que junta y enlaza.

Por mas imperfecta que sea esta imágen, podemos no obstante descubrir en ella algo del misterio que vamos estudiando. Hay efectivamente en ella *trinidad:* 1.° el alma del artista; 2.° su concepcion realizada en la estatua; 3.° el amor.—Hay igualmente en ella *unidad;* porque, ¿qué es la estatua sino su misma alma manifestada, y una emanacion de su sustancia intelectual? ¿Qué es el amor que los une y enlaza sino la misma alma concentrando su pensamiento en ella, y haciéndola hasta cierto punto entrar otra vez en la sustancia de su genio?

Toda esta vana suposicion se realiza en el misterio de la Trinidad, haciendo entrar en él toda la distancia que media entre lo finito y lo infinito, entre lo relativo mas ínfimo y lo absoluto mas inaccesible á nuestra pobre imaginacion. En Dios la concepcion que produce la persona del *Verbo* es absolutamente perfecta, y no puede tener rival; es única; es continua é inseparable de su sustancia, y este Hijo adorable no deja de estar unido á las entrañas que no cesan de engendrarlo. El Espíritu Santo, ó el amor que nace de ambos, no encontrando nada mas perfecto que esta fuente de toda perfeccion, saliendo fuera de ella misma, se vuelve á sumerjir en ella como en su único elemento, y por medio de este comun movimiento realiza la mas trascendental unidad.

Aquí se estrellan todos los esfuerzos del entendimiento humano, los ojos se turban, y no alcanzan á ver mas que vagas y remotas analogías: es el misterio. Pero si la razon no puede comprender claramente esta manera de sér de Dios, se le hace evidente que no puede *ser* de otro modo; porque como hemos dicho, la suprema inteligencia no puede con-

(1) *Genitum non factum.* (Símbolo de los Apóstoles.)

(1) Es imposible no descubrir en todo cuanto dice Platon de la belleza y del amor una prenocion del misterio de la Trinidad.
(2) Girodet.

cebirse desnuda de pensamiento y de amor; porque este pensamiento y este amor necesitan un término y un objeto; porque este término y este objeto deben ser infinitos como la inteligencia infinita, á la cual deben corresponder, y deben necesariamente formar con ella una sola cosa, porque no hay mas que un solo infinito, y porque así es como se halla matemáticamente probado el misterio católico de la Trinidad.

Las analogías de que nos hemos valido para aclararlo están ademas tomadas en un órden de cosas que es su legítima imágen, y que por este motivo no es menos misterioso aunque indudable, puesto que esta es la manera de ser de nuestra misma alma, y de esa razon que procura concebirlo. ¿Cómo podria pues admirarse ésta de encontrar en el original las dificultades que no puede resolver en la copia?

La filosofía y la teología han estado siempre de acuerdo en reconocer en el hombre una imágen de Dios (1). La manera con que el Génesis espresa esta verdad es notable, en cuanto nos revela la impresion especial de la Trinidad Divina en la formacion del alma humana, que podriamos llamar una *trinidad criada*. "En la creacion del universo, dice Bossuet, todas las obras fueron hechas con palabras de autoridad; solo el hombre con palabras de consulta: *Sea hecha la luz, sea hecho el firmamento:* FIAT LUX; estas palabras son de mando. El hombre fué criado de otra manera, que tiene algo de mas magnífico. No dice Dios: *Sea hecho el hombre;* sino toda la Trinidad reunida dice por un comun acuerdo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.* ¿Qué significa este nuevo modo de hablar? ¿Por qué no empieza á declararse la Trinidad Divina hasta que se trata de formar á Adam, sino para manifestarnos que escoje al hombre entre todas las criaturas, para imprimir en él su imágen y semejanza (2)?"

Efectivamente, si imponemos silencio á nuestros sentidos, y nos encerramos por algunos instantes en el fondo de nuestra alma, descubrirémos en ella, como observan todos los doctores, alguna imágen de la Trinidad. ¿Quién puede dudar de que nuestra alma es simple, que sin embargo se ve multiplicidad en ese invisible que llamamos *yo?* En esta misma alma hay tres cosas sucesivamente distintas y productos unas de otras: 1.° la misma alma, es decir, ese fondo y como ese receptáculo de imágenes, de pensamientos y voluntades que permanecen en ella como de una manera infusa: 2.° la concepcion del pensamiento que procede de ella y que sentimos nacer como si fuese el gérmen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia que habla interiormente, y cuyos ecos son los varios modos de espresarnos en el esterior con la ayuda de las bellas artes: 3.° la fecundidad de nuestro espíritu no se limita á esta palabra interior, á este pensamiento intelectual, á esta imágen de la verdad que se forma en nosotros. Nos complacemos en esta palabra interior y en este espíritu de que ella nace; la amamos, y amándola sentimos en nosotros algo que nos es tan precioso como nuestro espíritu y nuestro pensamiento que es el fruto de entrambos que los une, que se une á ellos y hace con ellos una misma vida.

Por esto, cuanta mas relacion se puede encontrar entre Dios y el hombre, tanto mas decimos, se produce en Dios el amor eterno, que sale del Padre que piensa y el Hijo que es su pensamiento, para hacer con él y con su pensamiento una misma naturaleza igualmente feliz y perfecta (1).

La gran diferencia que hay entre el espíritu del hombre y la Trinidad divina, y que hace que todas las relaciones que en él se pueden descubrir no sean mas que sombras y rasgos imperfectos que no alcanzan á imitar el principio de todos los séres; esta gran diferencia, decimos, consiste, como observó muy filosóficamente Mallebranche, en que Dios engendra realmente á su Verbo de su propia sustancia, porque solo Dios es para sí mismo sabiduría y luz; y consiste tambien en que ese Padre y ese Hijo se tienen un amor mútuo, porque solo Dios es únicamente para sí mismo su bien y su ley; mientras que, no pudiendo nosotros ser para nosotros mismos nuestra razon, la luz en que nuestro pensamiento se forma no puede ser nunca una emanacion natural de nuestra sustancia, sino un préstamo que tomamos de la verdad eterna y de la sabiduría increada de Dios; y como ademas no somos para nosotros mismos ni nuestro bien ni nuestra ley, es necesario que todo el movimiento que tenemos nos venga de otra parte y nos conduzca á otra parte, nos una á nuestro bien, y nos haga conformes con nuestro modelo (2).

Esta reflecsion es de la mas pura y elevada filosofía, porque es á la vez eminentemente racional y moral. El hombre es una *imágen animada* de Dios, y si es propio de una imágen el parecerse al original, podemos tambien decir que es propio de una imágen *animada* el *procurar* parecérsele. Esta es nuestra ley y nuestro fin. El hombre cayó, y la imágen de Dios fué en él desfigurada, porque quiso dejar de ser imágen para convertirse en tipo y original, y no teniendo en su propia naturaleza mas que indigencia y la nada de donde habia salido, debió empobrecerse infinitamente y degradarse. Pero por esto mismo su reformacion debe operarse por medio de un retorno de conformidad á su divi-

(1) *Est igitur hominis cum Deo similitudo.* (Cicero, de legibus, lib. 1.)
(2) Bossuet, *Sermon sobre el misterio de la santísima Trinidad.*

(1) Siguiendo á Bossuet en su *Historia universal*, 2.ª parte, y en el sermon citado.
(2) Doctrina de Mallebranche, tratado de moral, cap. 5, n 2. —En su décimacuarta *Meditacion cristiana*, Mallebranche pone en boca del Verbo estas bellas palabras:—"No fué criado "el hombre solo para conocer la verdad, sino ademas para amar "el bien: tú sabes que el hombre es capaz de amor tanto como "de razon, y solo yo puedo ilustrarle y hacerle razonable. Pero "¿quién piensas que le inspira el amor al órden? Sábelo, hijo "mio: es el Espíritu Santo. Ningun espíritu puede ser razonable "sino por la sabiduría eterna; ninguno puede tampoco amar el "órden sino por la accion del amor sustancial y divino. Tú sub"sistes, hijo mio, por el poder del Padre; conoces la verdad por "la luz del Hijo, y amas el órden por la inspiracion del Espíritu "Santo. Fuiste criado por la santa Trinidad; cada persona divina "te imprimió su propio carácter, y no puedes ser agradable á "Dios, si no eres perfectamente reformado segun tu modelo".

no modelo, esto es, á la verdad eterna por su espíritu, y al divino amor por su corazon. Entonces realizará el hombre en sí la Trinidad identificándose con ella, y llegará á ser participante de la misma naturaleza de Dios. A este fin la verdad eterna, la recta razon que nos crió, el Verbo de Dios, la segunda persona de la santísima Trinidad, vino á vivir entre nosotros, y se hizo semejante á nosotros para apartarnos del abismo de nuestra miseria y hacernos semejantes á sí, y por su medio semejantes á Dios. Por esto, acabada ya la obra de nuestra redencion, envió á su Iglesia el Espíritu Santo (como veremos en el *Estudio* inmediato) para derramar y perpetuar en toda la raza humana los frutos de aquella redencion, y abrasar á toda la tierra con las llamas de la caridad, á fin de que *nos amásemos unos á otros del mismo modo que él nos habia amado á todos*, es decir, *del mismo modo que su Padre lo amó á él*, y que por este medio fuésemos todos consumados por el amor en la misma unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La creacion del hombre nos presenta las tres personas divinas formando al hombre á su imágen; la redencion nos las representa igualmente ocupadas en renovar en nosotros esta imágen desfigurada por el pecado: el Padre prometiendo y preparando desde la caida del hombre la venida de su Hijo Jesucristo; éste Hijo apareciendo en el término prefijado y sometiéndose á todas las condiciones satisfactorias ecsijidas por la justicia de su Padre, y el Espíritu Santo generalizando y perpetuando en la Iglesia católica las semillas de gracia y de salud que son el fruto de esta satisfaccion.

Hé aquí con qué sublime conjunto se estiende la cadena de nuestra Religion: imágen de Dios su autor, presenta tres estados correspondientes á las tres personas, y en estos tres estados es siempre la misma y lleva el sello del mismo Dios, á cuya unidad nos incorporará definitivamente en el cielo.

Hablando de tan altas verdades, no podemos hacer mas que tartamudear; pero al traves de la debilidad de nuestro lenguaje, ¿quién no ve toda la sabiduría, la profundidad, la ecsactitud y la fecundidad de esta doctrina, y cómo en ella todas las ideas se enlazan, se completan y corresponden? ¿cómo por ella los principios engendran sus consecuencias, y las consecuencias se remontan á los principios? ¿cómo derrama su luz sobre los abismos del pensamiento y desata los inextricables nudos de nuestro orígen y de nuestro fin, y cómo por su medio se siente el espíritu engrandecido, purificado el corazon, y todo el hombre elevado y trasfigurado á la region del órden de la verdad y de la paz en lo que tienen de mas universal y absoluto?

V. Si á vista de todos estos elevados caracteres, que ninguna obra humana pudo jamas llegar á reunir en tan sublime grado, todavia vacilásemos en reconocer la verdad, no faltaria para acabar de darla á conocer, mas que comparar lo que el genio del hombre ha podido producir con el resultado á que ha llegado cuando, ayudado de lo que él llama equivocadamente su filosofía, ha querido entrar en concurrencia con la sabiduría eterna de Dios.

En efecto, la profundidad del dogma cristiano de la Trinidad ha llamado la atencion de la nueva filosofía, así como su prenocion habia llamado antes la de los sabios de la Grecia y del Oriente; ha conocido que encerraba este dogma la ley mas general de la vida, y ha querido apropiárselo; ha querido tener tambien su Trinidad.

Es casi imposible seguir á esta filosofía en las vaporosas teorías en que se pierde, imitando fácilmente en esto nuestros misterios, aunque tan solo en lo que tienen de oscuro.

No obstante, ha dejado entrever con suficiente claridad el encadenamiento de su sistema con el otro que podriamos llamar su padre, y sobre todo ha acabado de revelarlo en sus resultados. En Alemania, que fué su cuna, se halla compendiada en Kant y en Fichte, y Hegel la desenvuelve y la lleva á su apogeo y á su forma mas aventajada.

Segun Hegel, la esencia, la sustancia de todas las cosas, el pensamiento, la actividad espiritual considerada en sí misma y antes de todo desarrollo, es ecsactamente lo que el cristianismo designa con el nombre de Padre ó primera persona.

El tránsito de la sustancia indeterminada á la ecsistencia realizada, la trasformacion de la esencia infinita en universo, en mundo criado, en una palabra, lo que llamamos *naturaleza*, se nos representa en Dios Hijo, la segunda persona, que espresa todo lo que la sustancia eterna contiene.

Finalmente, cuando el espíritu, llegado al término de todo su desarrollo, se reconoce á sí mismo; cuando por este conocimiento y esta afirmacion vuelve á entrar, por decirlo así, en sí mismo, se iguala á sí mismo, y se completa á sí mismo, es el Espíritu Santo, la tercera persona; y tal es el *espíritu humano*.

Así, *una sola esencia* que desarrollándose llega á ser la *naturaleza* y luego *la humanidad*, llegada en el espíritu humano al conocimiento de sí misma, se detiene en él como en su zenit y en su espresion mas lata.

Esta es la teoría de Hegel sobre la Trinidad.

Haremos observar que semejante teoría implica una corrupcion no solo del misterio de la Trinidad, lo cual es evidente, sino tambien del misterio de la *Encarnacion*. Segun este sistema, la razon de Dios, la Verdad eterna, el Verbo encarnado, tercera persona de tan singular Trinidad, no es *Jesucristo*, sino todo lo es el hombre, el *espíritu humano*, este pobre espíritu, que es capaz de tan estravagante desvarío.

Las consecuencias que envuelve esta teoría que tanto llamó la atencion de la Alemania, y que tantas raices ha echado en otras partes, son tan contrarias á los primeros principios del sentido comun y de la moral, que no nos atreveriamos á deducirlas, á pesar de que se desprenden por sí mismas, si sus apóstoles no las hubiesen osadamente formulado y publicado.

Esta teoría implica visiblemente la confusion de Dios con el mundo: es el panteismo. Por sus últimas palabras se niega que haya inteligencia suprema fuera del espíritu humano: es el ateismo.

Si es cierto, en efecto, que no hay mas que *una sola esencia* que, llegando á ser la *naturaleza*, empieza solo por contraer una ecsistencia determinada, y que no llega al estado de personalidad, de conciencia y de reflecsion, sino en la humanidad, es absolutamente necesario negar la ecsistencia de una inteligencia infinita y de una voluntad infinita anterior al mundo; es necesario negar la ecsistencia de un plan del mundo, anterior al mundo; es necesario negar la causa libre del mundo; es necesario negar que haya una Providencia que dirije los destinos del mundo, y hasta es necesario negar á la esencia infinita el conocimiento perfecto y correspondiente á sí misma.

Todas estas negaciones son inevitables, y á su lado hay otras tantas afirmaciones tan necesarias como ellas: es menester afirmar que la humanidad es la conciencia de lo infinito y absoluto; que no hay verdad distinta del ideal que en la humanidad se desarrolla; que no ecsiste mas ley que su voluntad ó su pasion; que no hay para la humanidad temor ni esperanza; que no hay mas Dios que el espíritu humano, la humanidad, y que la humanidad no conoce otra religion que la libertad absoluta. Obsérvese que hablamos siempre del *espíritu humano*, de la *humunidad*, ese sér abstracto que nadie vió ni verá jamas, y no del hombre ó mas bien de los hombres; porque, ¿qué son los individuos á los ojos del hegelianismo? Son, para servirnos de imágenes familiares al panteismo antiguo, como las olas, como las burbujas que se levantan y desaparecen casi á un mismo tiempo sobre la superficie agitada del océano de la ecsistencia. El individuo no es mas que un momento de la vida universal, un aspecto de lo absoluto, mostrándose por un instante sobre aquella sima siempre abierta para ser en seguida sepultado en sus abismos. El sér abstracto, humanidad, está solo y aislado, el sér real, individuo, no ecsiste; el sér abstracto, humanidad, es Dios; el sér real, individuo, no es nada (1).

Este es el compendio de las negaciones y afirmaciones del racionalismo moderno: el *ateismo*, la irresponsabilidad individual ó el *fatalismo;* la estension de toda religion, de toda moral, de toda santa esperanza; el aislamiento y el vacío en el interior y en el esterior, y en este espantoso desierto, labrado á su rededor, la razon humana idolatrándose á sí misma como al único Dios, y empobreciéndose cada vez mas por su falta de comunicacion con la eterna fuente de la verdad y de la vida: tales son los fines de la filosofía de este siglo.

En Alemania, donde se desarrolló tan prodigiosamente, y donde sus mas aventajados discípulos no tuvieron reparo en escribir sobre su bandera la palabra *ateismo*, empieza á disputarle el terreno una reaccion empezada, como hemos dicho, por uno de sus antiguos maestros, *Schelling*, oponiéndole la única doctrina que puede librar al espíritu humano de todos estos abismos. Esta doctrina es el cristianismo, al cual será siempre preciso recurrir si se quiere volver á conocer la verdad.

En Francia el mal permanece mas oculto, y por esto mismo es acaso mas grande, porque no es tan capaz de remedio. El hegelianismo ha pasado entre nosotros embozado bajo muchas formas y como de contrabando; ha tenido la lucidez lógica del talento frances, y ha conocido que gracias á las trágicas aplicaciones del ateismo que se hicieron en el último siglo, ya no puede éste estar en boga. Por esto se ha guardado muy bien de desenmascararse, y ha procurado echar raices en secreto. Una vista esperimentada lo descubre en el fondo de todos esos sistemas humanitarios y socialistas que tanta bulla están metiendo.

El *progresismo* que los caracteriza á todos no es mas que la aplicacion del principio hegeliano, de aquel principio que hace de la humanidad el solo foco de inteligencia y de vida moral desenvolviéndose en sí mismo, por sí mismo, y para sí mismo, sin reconocer ningun otro principio superior y distinto. Bien sea prudencia, ó bien sea, preferimos creerlo, repulsion instintiva, los humanitarios y socialistas franceses no han desenvuelto el ateismo, el fatalismo y sus horrorosas consecuencias, contenidas en este sistema. Unos, tales como los sansimonianos y los furieristas, afectando un soberano desprecio por los principios metafísicos, que son sin embargo como faros en los abismos del pensamiento, se han arrojado á ciegas en la aplicacion de este progreso á toda costa, que supone en el hombre no la perfectibilidad como el cristianismo, sino la esencia misma de la perfeccion. Otros, como Pedro Leroux, Michelet, y Quinet se han limitado á la region de la metafísica, pero para envolverse en ella entre restricciones y sombras, presentarse como inspirados y profetas, mas bien que como investigadores y filósofos, y para anunciar desde allí la revelacion de un dogma siempre diferido. No esperéis que ninguno de ellos formule con claridad este dogma, que debe resolver el gran problema relativo á Dios, al mundo y á sus relaciones. Para ellos resolver es sinónimo de confundir. Evitan las esplicaciones, y se limitan á dotar á la humanidad de una especie de iluminacion fantástica y futura, que debe ser como la manifestacion de la divina esencia, de la cual es aquella el término mas avanzado.

De entre las filas de la escuela progresista solo ha habido un hombre (1) que se haya esplicado claramente: ha pretendido efectuar una alianza imposible entre el panteismo y el cristianismo; en su *Bosquejo de una filosofía* ha pintado el principio de la *unidad de sustancia* y los dogmas cristianos de la Trinidad y de la creacion; y de esta mezcla de palpables contradicciones ha resultado una doctrina que va cayendo por sí misma, y destruyéndose sin ninguno esfuerzo esterior.

Diremos muy pocas palabras sobre el *eclecticis-*

(1) Esta esposicion del *hegelianismo* está en gran parte tomada del curso del *abate Maret*, en la Sorbona, y en particular de su ultima leccion, publicada en el periódico *El Universo*, del 2 y 3 de Agosto de 1843.

(1) M. de Lamennais.

mo, que no tiene de sistema filosófico mas que las apariencias. Su punto de partida fué el *hegelianismo*, es decir, el panteismo, y nunca logró desprenderse de él. La pretension que le valió su nombre supone que la verdad no es distinta del mundo, y que á veces sufre y es víctima de la confusion que en él tiene lugar. La única diferencia que hay entre esta escuela y el *progresismo* consiste en que éste profesa la manifestacion *mediata* y *sucesiva* de la verdad, y el *eclecticismo* su manifestacion *inmediata* y *directa*. Esta última pretension se distingue de la primera por la mayor dósis de orgullo que supone.

Bastará una palabra para hacer conocer palpablemente cuán fabulosos son todos estos sistemas, cuya secretas tendencias consisten en prescindir de Dios.—Decís que la humanidad va desarrollándose y marchando de progreso en progreso, ó bien os arrogais la mision de librar á la verdad de todos los sistemas que ha habido en el mundo; pero ¿cómo medís ese progreso, segun qué *criterio* distinguís la verdad del error, si no reconoceis de antemano una verdad constante y manifiesta, y sobre todo independiente y distinta de esa humanidad cuyo progreso asegurais ó cuyas concepciones queréis purificar?—Progresar ¿no es marchar hácia un objeto? Elegir ¿no presupone una comparacion? ¿Cómo sabeis pues que progresais, si delante de vosotros ni mas alto que vosotros nada teneis mas que á vosotros mismos? ¿Cómo podeis comparar sin término de comparacion? Para *reconocer* es preciso *conocer;* ¿cómo pudisteis pues conocer la verdad pura, y por consiguiente reconocerla, supuesto que asegurais que en *ninguna parte* está *libre* de error? O conoceis la verdad, y entonces teneis ya lo que buscais, ó no la conoceis; en cuyo caso ¿cómo podeis reconocerla? Os seria indispensable un *reactivo* superior, y no lo teneis (1).

No pretendemos llevar mas adelante nuestra esplicacion, es decir, la refutacion de la filosofía del dia, cuyas sectas proceden todas de la teoría alemana sobre la Trinidad, esto es, de la unidad de sustancia ó del panteismo.

Unicamente nos habiamos propuesto hacer resaltar la divina superioridad del dogma católico de la Trinidad, su necesidad racional y su fecundidad moral, comparando con él las concepciones del genio humano declarado contra la fé.

---

(1) Habiamos dado ya esta hoja á la imprenta, cuando vino á nuestras manos el último número de la *Revista británica* (del mes de agosto de 1843), y en su primer artículo titulado: *Las filosofías francesas del siglo* XIX, hemos encontrado la misma objecion hecha al eclecticismo casi en los propios términos que lo hacemos nosotros. Solo hay un pequeño número de errores que se presten á semejante unanimidad de refutacion. "Falta pre-"guntar al eclecticismo, dice el crítico inglés, cuál es su criterio "para saber lo que es verdad y lo que es error, pues nosotros "encontramos una y otro en los escritos de todos los filósofos. "Para separar la zizaña del buen grano es menester conocer "primero el buen grano. El colono separa el uno del otro en vir-"tud de un conocimiento anterior, que es su *criterio*. El eclec-"ticismo gira dentro de este círculo vicioso; busca un sistema de "filosofía por el encadenamiento y coordinacion de todas las ver-"dades que los demás descubrieron; pero para lograrlo, para "conocer estas verdades, debe antes estar en posesion de la misma "cosa que busca, á saber: de un sistema. Sin un sistema cual-"quiera, no puede ni siquiera dar un paso."

Hemos dicho que no puede concebirse á Dios, ni su nocion conservarse sin el dogma de la Trinidad, porque la ecsistencia del sér infinito supone relaciones de pensamiento y de amor, estas relaciones ecsijen términos, y estos términos de relacion no pueden tampoco concebirse sino de una naturaleza igual á la suya, y por consiguiente *idéntica*, porque no hay nada igual á aquel cuya propiedad es sér sin igual. En una palabra, negar la *Trinidad* de las personas es negar la ecsistencia perfecta de Dios, que no puede concebirse sin actividad productiva de pensamiento y de amor; negar la *unidad* de naturaleza en esta Trinidad de personas es tambien negar á Dios, que no seria independiente, eterno é infinito, es decir Dios, si pudiese ecsistir alguna relacion necesaria entre él y otro que no fuera él.

El *hegelianismo* ha venido á prestar á nuestros argumentos el peso de su fatal esperiencia; pues rehusando á Dios los términos de relacion de una naturaleza idéntica á la suya, ha hecho degenerar su personalidad y su ecsistencia en la del mundo y de la humanidad, y ha ido á parar rápidamente al *ateismo*.

De aquí la oposicion de los resultados; pues mientras el cristianismo desarrolla al hombre en Dios, lo finito en lo infinito, y haciéndole participante de la verdad eterna y del divino amor, lo asocia á la grandeza, á la santidad y á la felicidad misma de Dios, aquella falsa filosofía coloca á Dios al nivel del hombre, es decir, lo suprime, hace al hombre huérfano, y no le deja mas recursos, mas esperanzas ni mas luces que las que de sí mismo puede tener, es decir, lo coloca en una naturaleza evidentemente imperfecta, limitada, inclinada al mal, al error y al sufrimiento, sin que pueda encontrar ningun descanso sino huyendo de sí mismo, lo cual seria la mas insultante, absurda y bárbara concepcion que podriamos formarnos del hombre y de Dios, ya que no fuese la confusion mas quimérica.

Así es como los mas profundos misterios del cristianismo nos revelan bajo todos conceptos las verdaderas leyes de nuestra naturaleza en sus relaciones con la de Dios, autor y término soberano de nuestros destinos; y como constituyen la mas elevada y completa manifestacion de aquella verdad divina que los sabios de la antigüedad entrevieron, y fuera de la cual no podemos buscar ninguna otra sabiduría ni ninguna otra luz, sin caer desde luego en tinieblas inmensas y en abismos de los cuales no podriamos salir jamás.

CAPÍTULO XII.

LA IGLESIA (1).

Habiase consumado la obra de la redencion del linaje humano; el mundo se hallaba reconciliado con

(1) Los tres capítulos que siguen, sobre la *Iglesia*, — el *protestantismo*, — y la doctrina de la *salvacion esclusiva*, han sido escritos con el designio de formar un conjunto. Por consiguiente destinados á completarse recíprocamente, deben leerse con el mismo espíritu y considerarse como tres faces de un solo asunto

su autor; la humanidad habia adquirido una nueva vida moral; habíase abierto una fuente de purificacion y de santidad que debia correr por el seno de la tierra, y entre la misericordia y la justicia de Dios se habia concluido ya la reparacion de todos los hombres.

¡Qué prodigio de poder y de amor habia sido preciso para llegar á este término! Todos los atributos de la Divinidad se habian desplegado en la grande obra, y la cruz de Jesucristo, que habia sido su teatro, habia visto correr la sangre de un Dios.

Pero esta gran maravilla era aún un secreto escondido en el seno de las tres personas divinas, toda la tierra ignoraba su salvacion, y sin embargo, esta salvacion no podia serle eficaz y real sino por su participacion en el misterio por el cual se habia obrado. El testamento que llamaba la humanidad á la herencia del cielo, permanecia cerrado; era preciso romper sus sellos, promulgarlo, esplicarlo, hacerlo aceptar por el mundo, y aplicarle luego todos sus frutos.

¡Obra sobrehumana, tanto como la de la redencion, y sin la cual la redencion hubiérase quedado sin efecto! La Divinidad no habia dado, por decirlo así, mas que un paso; faltaba otro que solo ella podia dar tambien; no habia menos distancia entre todos los desórdenes de la naturaleza humana y la doctrina de la cruz, que entre esta cruz y la naturaleza del Dios que en ella se habia sacrificado.

Aquella doctrina tan misteriosa, tan repugnante, tan absurda en apariencia y tan horrible para la naturaleza, es á la que es preciso conducir y amoldar el género humano, la que es necesario persuadir á un mundo que habia divinizado todas las pasiones que ella crucifica, la que es menester trasladar desde el lugar de los suplicios al palacio de los Césares, hacerla entrar igualmente en la cabeza del filósofo y en la del niño, en el corazon del dueño y en el del esclavo, en Corinto la disoluta, y en las soledades de los bárbaros, en el pueblo judío y en el gentil, y en una palabra, hacerla abrazar por todos los séres humanos sin distincion. ¿Cómo concebís la posibilidad de semejante empresa? Tomad la idea mas sencilla, la mas suave obligacion, y ved si podeis grabarla igualmente en el espíritu y corazon de un pequeño número de hombres; sin duda no lo lograréis. El espíritu del hombre es tan vano, tan móvil, tan aficionado á la singularidad, tan enemigo de la autoridad; su corazon está siempre tan ansioso de nuevas sensaciones y tan lleno de sí mismo, que no os será posible apoderaros de ellos. ¿Qué sucederá, pues, tratándose de un cuerpo de verdades y de deberes que se presentan como abstracciones y austeridades? ¿Qué sucederá cuando sea menester imprimirlas, no en la cabeza de algunos discípulos escojidos, sino de todos los hombres indistintamente, tales como son, sabios ó ignorantes, grandes ó pequeños, civilizados ó bárbaros? ¡Qué pábulo para la controversia, la supersticion y la persecucion! ¡Cuántas doctrinas saldrán de esta doctrina! ¡A cuántos evangelios va á dar orígen este Evangelio, segun los intereses y la conveniencia de cada preocupacion, de cada pasion! ¡Cuántos errores! ¡Cuántos desvaríos! ¡Cuántas sectas! ¿Dónde podremos descubrir la verdadera doctrina en medio de este mar inmenso de contradicciones? ¿Quién guardará su depósito, y cuál será la señal para distinguirla? ¿Qué carácter de autoridad y qué medio de persuasion se le darán para prevalecer siempre y poder reunir todos los espíritus, y darse á conocer por todas partes con evidencia y certidumbre en la fluctuacion universal de las ideas y en la furiosa mezcla de las pasiones?.... La imaginacion retrocede ante este caos, y no puede fijarse sino en la consideracion de que seguramente la doctrina cristiana, entregada de este modo á la accion disolvente del humano espíritu, hubiera muy pronto desaparecido; que probablemente no se hubieran encontrado dos hombres que sobre ella hubiesen estado de acuerdo, y que tal vez no hubiera habido ni uno que se hubiera atrevido á predicarla.—Y sin embargo, hasta ahora no hemos presentado mas que una parte de la dificultad; pues no era solo á los hombres que cubrian la tierra en tiempo de Jesucristo, á quienes el Evangelio debia ser anunciado, sino á todas las generaciones que debian sucederles hasta la consumacion de los siglos, cualquiera que fuese la diversidad de sus costumbres, de sus conocimientos, de sus constituciones, de sus civilizaciones y necesidades; debia anunciársenos á nosotros, hombres del siglo XIX, tan distintos, por nuestras artes, nuestras ciencias, nuestra industria y nuestras ideas sin freno, de las generaciones que nos precedieron; debia anunciarse, en fin, hasta á los que vendrán despues de nosotros, en la sucesion de millones de años, á los cuales les será tal vez concedido descubrir nuevas tierras y cielos nuevos, á los cuales esta doctrina será anunciada tambien atravesando todos los trastornos, las revoluciones, las novedades y las ruinas, manteniéndose siempre intacta, inflecsible, suficiente é inmutable, en medio del torrente que todo lo arrastra y lo hace desaparecer.

Podemos pues deducir de todo esto, y publicarlo con entera seguridad, que si habia sido necesario un Dios para criar el mundo y rescatarlo, era tambien necesario un Dios para convertirlo y santificarlo.

Las tres personas divinas, inseparablemente unidas en la misma esencia, obraron de concierto sin duda en toda la economía del mundo moral, de modo que es el mismo Dios, el solo y único Dios, el que nos crió, redimió y santificó; pero para revelarse mas sensiblemente á la naturaleza humana, plugo á las tres personas de la Divinidad producirse sucesivamente cada una en particular en tres obras, que son, como ellas, distintas en su modo, pero esencialmente UNA en su objeto. El Padre manifestó el poder en la creacion, el Hijo la misericordia en la redencion, y al Espíritu Santo le estaba reservado asegurar y consumar nuestra salvacion en la grande obra de *la Iglesia*, la Iglesia, que es la medianera entre nosotros y Jesucristo, así como Jesucristo es el mediador entre ella y Dios, y que determina así nuestra unidad y nuestra santi-